

La elección divina de María

1. La iniciativa de la maternidad virginal de María revierte a Dios, al Padre celestial. El la eligió en sus planes eternos para Madre de su Hijo humanado. Entra dentro del plan de la economía divina, del que San Pablo dice en la epístola de los Efesios que estaba oculto desde la eternidad en Dios, pero que fué revelado ahora cuando los tiempos llegaron a su plenitud (c. 1). Pues la Madre, camino de acceso del Hijo de Dios a la historia humana, no puede separarse del mismo Cristo, el Hijo. Bajo este punto de vista *María es considerada primariamente desde su función, desde su misión en la historia de la salvación, secundariamente desde su figura. Lo figurativo resulta de lo fáctico, no a la inversa.*

2. Hasta hoy no se ha logrado entre los teólogos unanimidad en la cuestión de si el Hijo eterno de Dios hubiese tomado forma humana dentro de la historia aun sin el pecado del hombre. Mientras una parte de ellos cree poder demostrar que la encarnación de Dios fué decidida únicamente en virtud del pecado humano previsto por El, otros afirman que Dios concibió el decreto de la encarnación incondicional e independientemente de tal previsión, y que sólo por este decreto permitió el pecado humano, porque vió y quiso en el Logos humanado el vencedor de la caída humana. Ambos grupos se apoyan en la Sagrada Escritura y en la tradición oral. Al primero pertenece, por ejemplo, Santo Tomás de Aquino; al segundo, Juan Duns Escoto y Scheeben.

Los que defienden la segunda tesis pueden afirmar que en el plan divino de la creación y de la salvación, Cristo fué el pensamiento primario del Padre celestial. En torno a él debía agruparse el género humano como punto central. La creación irracional, por su parte, fué planeada por Dios con vistas al hombre. En esta concepción divina María tiene su puesto muy próximo a Cristo y sobresale por encima de los demás hombres como el lugar en el que el Logos dió el salto de la eternidad al tiempo. Fué destinada por Dios para una tarea que está íntimamente enlazada con la del

Hijo de Dios humanado. Y aun se puede decir que fué incluida en aquel decreto divino que tenía por objeto la encarnación. Dios no necesitaba unir la maternidad de María con la encarnación de Cristo, pero en el supuesto de que la destinaba para Madre del Señor—de esto nos informa la Sagrada Escritura—podemos decir que un decreto divino único comprendía la encarnación del Hijo de Dios y la maternidad de María; la última en virtud de la primera.

3. En todo caso es cierto que María no podía destinarse a sí misma de ningún modo para el lugar que le correspondería dentro de la creación, ni para la función que le estaba reservada en la historia de la salvación. El origen de esta determinación se halla exclusivamente en el decreto eterno de Dios. Respecto a la iniciativa divina es absolutamente cierta la frase de que únicamente es decisiva la gracia de Dios. El primer paso se da desde arriba, no desde abajo. La maternidad de María hay que agradecerla al movimiento de Dios hacia el hombre, a la *descensio de coelis*, característico de toda la revelación en el sentido cristiano; no al movimiento de la criatura hacia arriba, característico del neoplatonismo y gnosticismo. Dios determina el tiempo y el lugar, así como la manera de ingreso de su Hijo en nuestra historia. Elige entre todas las mujeres por libre disposición aquella a la que quiso confiar y encomendar la misión única y peculiar de formar para su Hijo eterno la naturaleza humana por la virtud del Espíritu Santo. Nadie puede discutirle el que elija y determine con perfecta libertad e independencia a un ser humano para tal función. También vale aquí: “¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son tus juicios e inescrutables tus caminos! Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fué su consejero? O ¿quién le dió para tener derecho a retribución? Porque de El y por El y para El son todas las cosas” (*Rom.* 11, 33-36). La elección divina conduce al misterio claroscuro del mismo Dios.

Santo Tomás expresa así la libertad y soberanía absolutas de Dios: “Esta es la diferencia entre Cristo y los demás hombres, que los otros hombres nacen sujetos a la necesidad del tiempo; pero Cristo, como Señor y creador de todos los tiempos, se eligió aquel en que había de nacer, así como la Madre y el lugar. Y porque lo que viene de Dios está ordenado (*Rom.* 13, 1) y dispuesto convenientemente (*Sap.* 8, 1), se sigue que Cristo naciese en el tiempo más conveniente”¹:

4. La Sagrada Escritura atestigua la libre elección de Dios en el saludo del ángel (*Lc.* 1, 28): “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.” La expresión “llena de gracia”, manifiesta que María ha sido distinguida especialmente por la benevolencia divina, pues “ha hallado gracia delante de Dios” (*Lc.* 1, 30). La frase hallar el hombre gracia ante Dios aparece en otros lugares de la Sagrada Escritura. Se emplea, por ejemplo, hablando de Noé, Abraham, David y de todos los justos (*Gen.* 6, 8; 18, 3; *Act.* 7, 46; *Hebr.* 4, 16). María se sorprende al principio del saludo del ángel y no entiende el modo peculiar en qué ha de ser agraciada y distinguida (*Lc.* 1, 29). La altura y calidad de esa distinción la expresa el ángel con la aseveración de que Dios la ha elegido especialísimamente destinándola para ser Madre del Mesías. El Señor se ha fijado en Ella y ha penetrado en su vida, requiriéndola para un servicio decisivo en la historia de manera absolutamente sorprendente para Ella.

El *Magnificat* (*Lc.* 1, 46-55) pone de manifiesto cuán consciente es María de la gratuidad de su destino como Madre del Mesías. Dios se ha hecho cargo de su esclava para elevarla a Madre del Cristo. En Ella ha visitado a su pueblo y cumplido las profecías anunciadas siglos antes. Ha realizado una gran acción a la que nadie puede moverle o persuadirle, sino sólo decidirse con perfecta libertad. Aquí precisamente se descubre su santidad, o sea, su supremacía sobre todo lo humano. De la Maternidad de María se puede decir análogamente lo que se dice en el prólogo de San Juan de la justificación o santificación de cada uno. No procede de la sangre o iniciativa humana, sino de Dios (*Io.* 1, 13).

5. Pero cuanto más se testimonia la soberanía de Dios y se impone su reconocimiento por la fe, menos, no obstante, obliga El a nadie a aceptar sus decretos eternos. Pues es Dios de libertad y amante de ella. Ha creado al hombre a su imagen, a imagen del Dios libre; le llama, pero no se le impone jamás a costa de su libertad. Y así tampoco eligió a María como instrumento muerto, sino como ser humano libre, capaz de decisión y destinado a la responsabilidad. Debía consentir en el plan eterno de Dios. El saludo del ángel fué para María la revelación de un decreto celestial y a la vez la invitación al consentimiento.

Aquí aparece clara la estructura de la Redención. Es un movimiento que parte de arriba y de abajo; primaria y decisivamente de arriba, secundaria y subsiguientemente de abajo. Esta conjugación de Dios y el hombre no debe entenderse, desde luego, como

una comunidad de trabajo en la que Dios pondría una parte, la principal, y otra, la menos importante, el hombre. Un tal encuentro entre Dios y el hombre es imposible, y esa idea haría injuria tanto al Dios vivo, en cuanto Dios, como al hombre creado, en cuanto tal. El hombre, en su ser y en su obrar, depende ya absolutamente de Dios, y esto hemos de decirlo también de sus acciones libres. Es un profundo misterio cómo Dios obra todo lo que el hombre hace y, sin embargo, éste permanece libre. Es aquí donde radica el misterio del poder divino, en que Dios ejecuta precisamente las acciones libres del hombre como autor principal y éste como colaborador. En esto se manifiesta la sabiduría de Dios, que es capaz de poner al hombre en libertad y realizar, sin embargo, todos los actos humanos, de modo que las acciones de los hombres son obras de Dios (San Agustín). Sin esta acción divina el hombre no sería capaz de obrar libremente. No se trata, por ejemplo, de que el hombre dependa de Dios en lo que hace forzosamente, y sea independiente de El en lo que ejecuta libremente. Antes bien, se trata de que cuanto más libre es la acción del hombre, cuanto más se asemeja, por tanto, a la divina, tanto más interviene y obra Dios en ella.

El hecho de la total actuación de Dios en la libertad humana y la existencia de tal libertad dentro de la eficiencia absoluta de Dios están atestiguados tan frecuentemente como intensivamente en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Pertenece a los elementos fundamentales de la revelación. Sin embargo, el cómo de tal acción conjunta permanece oculto en profunda oscuridad. Los teólogos de todas las épocas hicieron los mayores esfuerzos para aclararlo, pero no pudieron penetrar el misterio. Con el correr del tiempo se han elaborado, principalmente, dos interpretaciones, que pretenden arrojar luz en la oscuridad del misterio: la escuela tomista y la molinista. La primera parte de la eficiencia total de Dios e intenta poner la libertad humana en consonancia con aquélla. La segunda parte de la libertad humana y procura armonizar con ésta la eficiencia divina. Ambas direcciones están de acuerdo en que en las decisiones libres del hombre todo lo obra Dios y todo el hombre. Es distinto el modo como actúan ambos. Dios opera como Dios, es decir, con supremacía creadora, y el hombre, como criatura en absoluta dependencia y, no obstante, libremente, de modo que permanece responsable de su negativa y en especial del pecado. También coinciden ambas direcciones en que la eficiencia total de Dios no es eficiencia única. Más bien hay un sinergismo, una colaboración entre Dios y el hombre. La libertad del hombre no queda

borrada por la actividad total de Dios, como tampoco la existencia de la criatura por el ser absoluto de Aquél².

La Iglesia confiesa la conjugación de lo superior y de lo inferior en el proceso de la Redención. Dice así en las siguientes oraciones: "Omnipotente y sempiterno Dios que para dar a los hombres ejemplo de humildad que imitar, hiciste que nuestro Salvador se encarnase y padeciese muerte de Cruz; concédenos propicio que imitemos el ejemplo de su paciencia y participemos de su resurrección"³. "Mira, Señor, te suplicamos a esta tu familia por la que Nuestro Señor Jesucristo no dudó en ser entregado en manos de los malhechores y sufrir el tormento de la cruz"⁴.

6. La estructura que domina en todo encuentro gratuito de Dios con el hombre determina también el encuentro entre Dios y María en la escena de la Anunciación. Dios decretó con libre supremacía confiar a María la maternidad y la invitó a esta función por medio del mensaje del ángel. María dió su consentimiento con libre decisión. También esta su determinación fué realizada en virtud de la gracia divina, pero era una acción libre. Se explicaría falsamente su carácter de tal si se pretendiera decir que Dios debía aguardar la decisión de María y hacer dependiente de ella la ejecución de su plan eterno de salvación, ejecución que hubiese sido incierta hasta la respuesta afirmativa de aquélla. Tal explicación en manera alguna correspondería a las relaciones entre Dios y el hombre. Hemos de decir más bien que Dios, en su decreto eterno de salvación, determinó aquel grado de intensidad de gracia que había de garantizar el libre consentimiento de María. Por esta su predestinación sabía Dios, en su visión eterna de María, que Ella se pondría sin reservas a disposición de la tarea que se le encomendaba. Por tanto, no necesitaba dejar en suspenso la ejecución de sus planes hasta que su mensajero, el ángel, recibiese la respuesta de María. La ejecución histórica de su decreto eterno, en que incluyó a María, estaba asegurada desde la eternidad. Ahora, si pretendemos comprender a la vez la libertad de María por una parte y por otra la seguridad infalible de la predeterminación y preesciencia divinas, aparece ante nuestra vista el oscuro misterio en que se hunde la relación de Dios con el hombre en general. Sobre el alcance del libre consentimiento de María hemos de hablar más tarde.

María expresa su consentimiento por medio de la respuesta: "He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra" (*Lc.* 1, 38). La concepción milagrosa, la encarnación del Verbo

eterno hay que pensarla en este momento del consentimiento, aunque Lucas no lo diga expresamente.

La palabra “sierva” elegida por María, y que en griego se dice *doule*, nos ofrece una valiosa aclaración para entender su respuesta. En griego la palabra se emplea para designar al esclavo. Significa falta de libertad y encierra en sí el momento de repudio y menosprecio. En principio, dentro del ámbito griego la palabra no tiene ninguna relación con lo religioso. Sólo en la época en que en las religiones orientales penetran en Occidente llega a significar la palabra en suelo griego la relación del hombre con Dios. En el judaísmo helenístico el término sirve para designar al esclavo y su estado o situación. Y fué de gran importancia el que se usase la palabra, en virtud de su sentido general, para determinar la relación del súbdito con el rey en las monarquías despóticas del Oriente próximo. De este significado la evolución condujo a que se emplease para definir la relación de dependencia y servicio del hombre frente a Dios. Por este cambio de significación, el empleo semántico entró en la más aguda oposición con el sentido corriente griego y helenístico. El siervo y la sierva de Dios son aquellos hombres que le pertenecen totalmente. Se comprende así que los que de modo peculiar han respondido a la exigencia de Dios sobre ellos fuesen designados con el título honorífico de siervos de Dios, verbigracia, Moisés (*Ios.* 14, 7), Josué (*Ios.* 24, 29; *Iud.* 2, 8), Abraham (*Ps.* 104, 42), David (*Ps.* 88, 4, y en otros lugares), incluso todo el pueblo de Israel (*Is.* 48, 20, y en otros sitios). Su entrega a Dios estuvo siempre al servicio de una misión y actividad particulares, pues no era estática, sino dinámica.

En este mismo sentido paleotestamentario hallamos también la expresión en el Nuevo Testamento. Con esa palabra se describe la relación de absoluta dependencia respecto de Dios, que reclama totalmente al hombre. El no está ligado en su relación con los hombres a condiciones de ninguna clase, antes bien, es el hombre el que debe ponerse a disposición de la voluntad divina. Pero falta aquí por completo el momento de menosprecio y rebajamiento. En el sentido paleotestamentario hallamos más bien la denominación como título de honor. A los cristianos, por general, no se les llama siervos de Dios, sino siervos de Cristo. El mismo San Pablo se denomina siervo de Cristo (v. gr., *Rom.* 1, 1), en virtud de la misión que Dios le ha confiado⁵.

La frase de María de que es esclava de Dios, hay que entenderla dentro de este marco. Se mueve con esa denominación en el ámbito

ideológico del Antiguo Testamento. Con ella expresa que se pone a disposición de Dios total y exclusivamente, estando preparada para su misión y dispuesta a servirla sin reservas. Quiere pertenecer por entero a Dios, debiendo tener lugar en ella lo que El ha determinado. No debe perderse de vista que la expresión “esclava de Dios” fué sentida por María como un título de honor, basada en su uso paleotestamentario. Así como expresa más tarde en el *Magnificat* la conciencia de su distinción, así también al llamarse a sí misma esclava de Dios manifiesta la conciencia de su elección para un servicio único y peculiar. Está claro que María no causa la encarnación precisamente en virtud de una palabra creadora, sino que posibilita con su disposición de obediencia perfecta lo que Dios ha decidido y El mismo ejecuta.

7. Del estado de cosas que nos ofrece el Evangelio se desprende, pues, que María fué realmente elegida por Dios, pero que no quedó incluída en el proceso de la Redención sin su consentimiento. Por eso, si se puede decir de la iniciativa divina que sólo pertenece a Dios y puede aplicársele la fórmula “solo por gracia”, sin embargo, no podemos decir lo mismo de la ejecución del plan divino de la salvación, sino que hemos de atender a la colaboración humana. Esta es en todo su sentido una palabra evangélica.

8. De hecho estaba ya prometido que el Salvador debía salir del mismo género humano; que debía surgir de la serie de las generaciones humanas dentro de la historia. Pues según el Génesis (3, 15), había de ser un descendiente de aquella mujer que dió acceso a la desgracia en la historia humana. Sin embargo, permanecía firme que sólo el mismo Dios podía salvar a los hombres de la perdición. Existían, al parecer, una tensión entre las promesas divinas, pues mientras una manifestaba que la del libertador de la esclavitud del demonio y del pecado, del dolor y de la muerte, debía salir de la tierra, otras prometían que Dios mismo traería del cielo la salvación. La tensión queda resuelta cuando Dios decide descender del cielo a la tierra para, perteneciendo a ésta, aparecer y obrar en ella como salvador. Por este proceder divino la acción salvífica celestial adquirió historicidad, corporalidad, concreción e inmanencia. La Redención no aparece así como un regalo ofrecido e impuesto a los hombres desde fuera, sino como un movimiento que procede de dentro. En cierto sentido consigue carácter orgánico. Sólo puede, naturalmente, emanar como movimiento inmanente, por

el hecho de haber sido causada por Dios mismo. La Redención resulta un suceso inmanente a la historia sólo porque Dios se hace presente en ella como Emmanuel, convirtiéndose así en fuerza eficaz, incluso en sujeto activo dentro de la misma. Es a la vez, como movimiento que parte de arriba y de abajo, trascendente e inmanente a la historia; en primer lugar trascendente, y luego inmanente a consecuencia de la autoinserción de Dios en la historia humana.

Orientados en la misma dirección aparecen otros textos de la Sagrada Escritura. Así, por ejemplo, en el Salmo 85 (9, 14) se dice: "Yo bien sé lo que dirá Dios; que sus palabras serán palabras de paz para su pueblo y para sus santos, y para cuantos se vuelvan a El de corazón. Sí, su salvación está cercana a los que le temen, y bien pronto habitará la gloria en nuestra tierra. Se han encontrado la benevolencia y la fidelidad, se han dado el abrazo la justicia y la paz. Brota de la tierra la fidelidad y mira la justicia desde lo alto de los cielos. Sí, Yavé nos otorgará sus bienes, y la tierra dará sus frutos. Va delante de su faz la justicia, y la paz sigue sus pasos. El Salmo 67, 7, añade: "Dió la tierra sus frutos. Bendícenos, Dios, nuestro Dios." En particular, dice explícitamente Isaías 45, 5-8: "Soy yo, Yavé, no es ningún otro; fuera de Mí no hay Dios. Yo te he armado, aunque tú no me conocías, para que sepan el Levante y el Poniente que no hay ninguno fuera de mí. Yo soy Yavé, no hay ningún otro. Yo formo la luz y creo las tinieblas, yo doy la paz, yo creo la desdicha; soy yo, Yavé, quien hace todo esto. Destilad, cielos, arriba, el rocío; lloved, nubes, la justicia; ábrase la tierra y produzca el fruto de la salvación, y germine la justicia. Soy yo, Yavé, quien crea esto." En este texto se atribuye por una parte toda salvación a la actividad viviente de Dios y por otra se invita a la tierra a otorgar esa misma salvación. Evidentemente hay una relación íntima entre la actividad de Dios y la de la tierra, consistente en que Dios planta las energías salvadoras en esta tierra de modo que puedan brotar de ella. El mismo sentido encontramos en el himno de Adviento de Federico von Spee: "¡Oh tierra!, brota; brota, ¡oh tierra!; que la montaña y el valle, todo reverdezca. ¡Oh tierra!, haz nacer la florecilla; ¡oh Salvador!, sal de la tierra."

Correspondiendo con los modos representativos de la Sagrada Escritura, se habla de María como de la tierra sin cultivar y del campo sin arar del que ha de brotar el Salvador⁶.

Estas expresiones recuerdan el mito pagano de la fertilidad y fecundidad de la universal madre tierra a la que el Dios del cielo

infunde su vigor, y con la que incluso contrae matrimonio⁷. La esperanza que los creyentes del mito ponen en la fecundidad inagotable de la madre tierra halla su cumplimiento en la madre virgen, María. Se realiza aquí de modo perfectamente amítico, superando y, sin embargo, dando cumplimiento al mismo mito, lo que en su ámbito se vislumbró sin poder jamás realizarse.

9. Con el correr de la teología surgió la pregunta de si María mereció la dignidad de madre de Dios con su vida personal. Santo Tomás lo discute en relación con el problema de si precedió algún mérito a la encarnación. Responde así: “Está claro por lo dicho que ningún mérito suyo pudo preceder a la unión, pues no ponemos que fuese antes un puro hombre y que después, por el mérito de su buena vida, consiguiese ser Hijo de Dios, como dijo Fotino; sino que afirmamos que desde el principio de su concepción aquel hombre fué realmente Hijo de Dios, no teniendo otra hipótesis que la del Hijo de Dios, según aquello (*Lc.* 1, 35): “Lo santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios.” Y, por tanto, todas las operaciones de aquel hombre fueron posteriores a la unión. Luego ninguna de ellas pudo servir de mérito para la misma. Y tampoco pudieron merecer esta unión condignamente las obras de ningún otro hombre: en primer lugar porque las obras meritorias del hombre se ordenan propiamente a la bienaventuranza, que es el premio de la virtud y consiste en la plena fruición de Dios. Pero la unión de la encarnación, siendo en el ser personal, trasciende la unión de la mente bienaventurada con Dios, que se realiza por el acto del que la goza; y, por tanto, no puede caer bajo mérito. En segundo lugar, porque la gracia no puede caer bajo mérito, ya que el principio del mérito no cae bajo mérito y, por tanto, tampoco la misma gracia, que es el principio del mérito. En consecuencia, mucho menos puede caer bajo mérito la encarnación que es el principio de la gracia, según aquello (*Io.* 1, 17): “La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo.” En tercer lugar, porque la encarnación de Cristo reforma toda la naturaleza humana y, por tanto, no cae bajo el mérito de ningún hombre particular, pues el bien de un hombre puro no puede ser causa del bien de toda la naturaleza. Sin embargo, los santos Padres merecieron la encarnación congruentemente, deseándola y pidiéndola; ya que era conveniente que Dios oyese a aquellos que le obedecieron⁸. A la objeción de que en la liturgia de la bienaventurada Virgen decimos que mereció llevar al Señor de la creación, Santo Tomás responde: “Se dice que la

bienaventurada Virgen mereció llevar al Señor de todos, no porque mereció su encarnación, sino porque mereció por la gracia que se le dió aquel grado de pureza y santidad conveniente para poder ser Madre de Dios”⁹.

10. Dios al fijar con soberana libertad el lugar y el tiempo de la encarnación, determina también el lugar de María, la Madre, en la historia de la salvación. Su lugar en el curso de ésta queda expresado de manera especialmente clara por las genealogías que hallamos en San Lucas y en San Mateo. Dada la importancia del asunto, vamos a transcribirlas aquí. La de San Mateo (1, 1-17), dice así: “Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, Jacob a Judá y a sus hermanos; Judá engendró a Fares y a Zara en Tamar; Fares engendró a Esrom, Esrom a Aram, Aram a Aminadab, Aminadab a Naasón, Naasón a Salmón, Salmón a Booz en Rahab; Booz engendró a Obed en Rut. Obed engendró a Jesé, Jesé engendró al rey David, David a Salomón en la mujer de Urías; Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, Abías a Asa, Asa a Josafat, Josafat a Joram, Joram a Ozías, Ozías a Joatam, Joatam a Acaz, Acaz a Ezequías, Ezequías a Manasés, Manasés a Amón, Amón a Josías, Josías a Jeconías y a sus hermanos en la época de la cautividad de Babilonia. Después de la cautividad de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel a Zorobabel, Zorobabel a Abiud, Abiud a Eliacim, Eliacim a Azor, Azor a Sadoc, Sadoc a Achim, Achim a Eliud, Eliud a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. Son, pues, catorce las generaciones desde Abraham hasta David, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta Cristo.”

En San Lucas (3, 23-38) la genealogía tiene esta forma: “Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José, hijo de Helí, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Janai, hijo de José, hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahúm, hijo de Esli, hijo de Nagai, hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Senein, hijo de Joses, hijo de Joda, hijo de Joanam, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, hijo de Melqui, hijo de Addi, hijo de Cosam, hijo de Elmadam, hijo de Er, hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonam, hijo de Eleaquín, hijo de Melea, hijo de Menna, hijo de Mattata,

hijo de Natam, hijo de David, hijo de José, hijo de Jobed, hijo de Boos, hijo de Sala, hijo de Naasón, hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arni, hijo de Esrom, hijo de Pares, hijo de Judá, hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, hijo de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala, hijo de Cainan, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, hijo de Matusalac, hijo de Enoc, hijo de Jaret, hijo de Maleleel, hijo de Cainan, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adam, hijo de Dios.”

Ante estas genealogías surge la pregunta acerca de su sentido. A primera vista parecen ser cronologías áridas y sin importancia para el conocimiento de Cristo y de su madre. Sin embargo, es sorprendente que Mateo y Lucas, independientemente uno de otro, las tengan por lo bastante importantes como para ofrecerlas con todo detalle. Son así una parte sustancial del mensaje de la salvación, un elemento del *kerigma* neotestamentario, de la predicación cristiana. ¿Dónde descansa, pues, su importancia?

Podremos responder más fácilmente a la pregunta si consideramos que ambos evangelistas, al citar las genealogías, se mueven en la tradición de la Escritura, pues encontramos también con frecuencia en los libros bíblicos precristianos genealogías, por ejemplo, en el Génesis, en el libro de Rut, en las Crónicas. Evidentemente, las genealogías pertenecen a la historia santa que Dios obra con el hombre. Son de hecho un testimonio de la acción de Dios operante históricamente en aquél, y de la fidelidad divina. Para San Lucas, que hace revertir su serie de generaciones al mismo Dios en una culminación maravillosa, hay una conexión histórica ininterrumpida entre la creación de Adam y la misión de Jesús. Para San Mateo, que hace comenzar la genealogía con Abraham, existe continuidad entre la vocación de éste y la realidad de Cristo. Al evangelista lo que le interesa evidentemente es mostrar que Cristo es germen de Abraham, más concretamente incluso, vástago de David. Dios mismo aparece testimoniado como autor de esta historia. En cierto sentido no alcanza inmediatamente al hombre desde el cielo en un movimiento vertical, sino a través del curso de la historia en un acontecer horizontal. La historia que El realiza corre a un punto determinado en el que se cumple provisionalmente su sentido, esto es, hacia Jesucristo. Hacia esta meta se dirige la historia realizada por Dios a través de todas las oposiciones y contradicciones humanas. El es quien inicia el movimiento histórico y hace que continuamente broten nuevas realidades a partir del principio puesto; quien

lleva a su perfección lo comenzado y consigue el fin decididamente por encima del pecado de los hombres, fiel a su plan eterno de salvación, y a la realización de éste iniciada ya por El en la tierra.

En la genealogía de San Mateo se manifiesta cómo obró Dios la salvación a través incluso de la resistencia humana. Aparecen cuatro nombres de mujer, todos los cuales despiertan el recuerdo del fallo humano. Son los nombres de Tamar, Rabab, Rut y la mujer de Urías. Citar nombres de mujer en genealogías judías precristianas es chocante, dada la situación de aquélla. Pero es aún más extraño que el autor sagrado no nombre entre las madres de Jesús a las grandes patriarcas como Sara, Rebeca o Raquel, sino a cuatro mujeres sin gloria y hasta con ignominia. Tamar (*Gen.* 38, 6-30; *Ruth*, 4, 12) se disfraza de ramera, después de quedar viuda y sin hijos, y seduce a su suegro Judá, que engendra en ella a los gemelos Fares y Zara. Y Fares aparece entre los antepasados de Jesús. Rahab (*Ios.* 2, 1-21; 6, 17-25) es la hospedera de Jericó, es decir, una cortesana; y es cananea, pagana, por tanto. Ella ha de ser la madre de Booz. Rut (cf. el libro de Rut), la bisabuela de David, es moabita, o sea, pagana también, grave oprobio según la concepción israelita. De la mujer de Urías (*II Sam.* 11)—Mateo no nombra a Betsabé—David engendró a su hijo Salomón, y oscureció así su vida y la historia de su familia.

Tales nombres en la genealogía de Jesús indican que su prehistoria, la historia de Israel, es gracia de Dios e infidelidad, no gloria humana. Hay que agradecer a la misericordia, dirección e inagotable fidelidad de Dios que el movimiento histórico conduzca a la salvación, a pesar de las resistencias humanas. Según la economía eterna de Dios todos los caminos de la historia llevan a Cristo en el que todo es creado. El es la meta y el fin de la ley, la plenitud de los tiempos, el nuevo Adán que crea una nueva familia de hombres, es decir, una humanidad que vive del Espíritu Santo. Es el verdadero hijo de David, que erigió la soberanía de Dios sobre los hombres como soberanía de salvación.

Por eso las genealogías tienen una importancia cristológica enorme. Son los testimonios del carácter histórico y gratuito de la redención divina. Cristo no es una idea, el "Cristianismo" no es una ideología. Cristo está enraizado profundamente en la historia, tanto que se puede dar su genealogía y nombrar a sus abuelos y bisabuelos. Apareció en un *hic et nunc* determinado y no pertenece, como figura de leyenda, a un siempre intemporal.

Las dos genealogías dan testimonio a la vez de que la Redención

sólo se debe a un decreto benévolo de Dios, no a los esfuerzos o méritos humanos. Y puesto que Cristo aparece como Hijo de María, tienen también alcance mariológico. Al confluir el movimiento histórico hacia Cristo, según el testimonio de las genealogías, corre también hacia su Madre; sólo que no se para en ella, sino que salta por encima hacia el Hijo. Y así como todo lo precedente alcanza su plenitud de sentido en Jesús, pues viene figurado en todos los sucesos de la historia precristiana de la salvación, igualmente se inclina ésta sobre el último eslabón de la larga serie que precede a Cristo, es decir, sobre María. Es la última representante del pueblo que se desarrolló en la serie de generaciones que va de Abraham a Cristo.

Puesto que según la genealogía de San Lucas Adán y Cristo se enfrentan mutuamente, hay razón suficiente para que los Padres desde el siglo II (Justino, Ireneo, Hipólito) contrapongan a Eva y María.

11. También está anclada en la historia la figura de María. Para la cristología y soteriología, es decir, para la cristología entendida soteriológicamente, la historicidad de la función salvífica de María es esencial. Y para su misión soteriológica es decisiva la historicidad de su figura. De otro modo caería la realidad de la Redención. María no es sólo un símbolo de la maternidad o de la virginidad fecunda, ni tampoco de la Iglesia únicamente, sino que es una realidad viviente y concreta, personal y determinada en la historia. Su situación concreta e histórica se expresa también por el hecho de llevar un nombre determinado y concreto. Es difícil fijar su significación con toda seguridad. Oto Bardenhewer ha reunido todo lo que los Padres griegos y latinos nos dieron en sus explicaciones. Aparecen unas treinta diferentes interpretaciones. Unos creen que el nombre quiere decir hermosa, otros piensan que amarga o afligida, y otros suponen que significa obstinada. No tienen carácter científico las interpretaciones: estrella del mar, mar amargo, señora. Ultimamente Ignaz Hösel¹⁰ ha derivado el nombre del egipcio. Así, María querría decir tanto como amada de Dios. Quizá deba decirse, siguiendo esta interpretación, que el nombre significa también la que ama a Dios.

12. También resalta en María el segundo momento que hemos deducido de las genealogías: el carácter gratuito de su elección para Madre de Dios. Este en su plan eterno de salvación, libre total-

mente y determinado con absoluta soberanía, ha guiado la evolución histórica de modo que llegase a María. La escogió desde la eternidad como Madre de su Hijo, y configuró la Historia según este plan. Muchas veces parece que esta historia realizada por Dios se interrumpe a causa del fallo humano y marcha en otras direcciones. Pero Dios mantiene en su mano los hilos de la historia. Muchas cosas nos parecen sorprendentes e inesperadas, incluso extrañas y enigmáticas, pero cada suceso ha sido un paso dispuesto por Dios hacia la meta por El trazada.

13. Así como Cristo aparece figurado en su prehistoria, así también ven los Padres muchos tipos de María en el período que va de Adán a Cristo o de Abraham a Cristo. La misma promesa del Génesis (3, 15) se interpreta cristológica y mariológicamente: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer. Y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza y tú le morderás a él el calcañar." Este texto, en el que Dios expresa una maldición contra la serpiente, o sea, contra Satán, atestigua que la lucha que comenzó en el Paraíso entre la mujer y la serpiente como poder malo y seductor, continúa a través de la historia de la humanidad. En esta lucha el hombre recibirá ciertamente heridas, pero al fin vencerá. Como enemigos de la serpiente se nombran a la mujer y a su linaje, no simplemente a los hombres. La expresión "linaje de la mujer" designa al género humano bajo el punto de vista de su debilidad. La serpiente ha dirigido su ataque contra la mujer, y de ésta saldrá el que ha de aniquilarla. Aunque en este lugar no se anuncien al Redentor y a su madre como figuras particulares determinadas, se profetiza, sin embargo, la victoria de la estirpe del seducido sobre el seductor. En este sentido el texto se refiere al salvador del pecado que ha de venir, y puede recibir así el nombre de protoevangelio¹¹. A partir de la teología patristica se ha visto a María, en virtud de este texto, en estrecha relación con su Hijo redentor. Aunque el texto mismo, por su propio tenor, no obligue a tal interpretación, sin embargo, se puede sacar del contexto a la luz de su cumplimiento. Los Padres interpretan la mayoría de las veces (*Gen.* 3, 15) de Cristo, el hijo de la Virgen¹². Algunos ven anunciada a María misma en el linaje de la mujer, por ejemplo, San Efrén, que en uno de sus himnos a María dice: "El Señor ha anunciado: Satán cayó del cielo. María pisó con sus pies al que un día mordió el calcañar de Eva. Bendito sea el que ha destruido por su nacimiento al enemigo"¹³. Otros ven en la Iglesia la vencedora de

Satán. Así San Agustín declara: “Esto se dice como un gran misterio, como una imagen de la Iglesia futura, hecha del costado de su Esposo dormido (en la muerte). Pues Adán era figura del que había de venir. Esto dice el Apóstol: “Que es tipo del que había de venir” (*Rom.* 5, 14)... ¿Qué se dice a la Iglesia? Oíd, entended, tened cuidado: “Ella acechará a tu cabeza y tú a su calcañar.” ¡Oh Iglesia, atiende a la cabeza de la serpiente”¹⁴. El Papa Pío IX ha dicho de este texto en la bula definitoria de la Inmaculada Concepción: “Los Padres y escritores de la Iglesia, adoctrinados por las divinas enseñanzas, enseñaron que con el divino oráculo: “pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya”, fué de antemano anunciado clara y patentemente el misericordioso Redentor del humano linaje, es decir, el unigénito Hijo de Dios Cristo Jesús, y designada su Santísima madre, la Virgen María, y al mismo tiempo brillantemente puestas de relieve las idénticas enemistades de entrambos contra el diablo. Por lo cual, así como Cristo, mediador de Dios y de los hombres, asumida la naturaleza humana, borrando la escritura del decreto que nos era contrario, lo clavó triunfante en la cruz, así la Santísima Virgen, unida a El con apretadísimo e indisoluble vínculo, hostigando con El y por El eternamente a la venenosa serpiente, y de la misma triunfando en toda la línea, trituró su cabeza con el pie inmaculado”¹⁵.

La Vulgata, nuestra traducción latina de la Biblia, tiene en lugar del *ipse* (él), que aparece en el texto original y en las traducciones más antiguas, la palabra *ipsa* (ella)—ella te aplastará la cabeza—, dando así a la traducción simultánea e inmediatamente una interpretación mariológica. Sin embargo, no ha creado con ello el sentido mariano, sino que ha traducido el que ya existía en el texto original. Cada vez con más claridad aparece el preanuncio del Mesías en el Antiguo Testamento.

Claramente le describe Isaías. En él aparece al mismo tiempo, a plena luz, su Madre, pues el Profeta habla del niño salvador que ha de venir y del parto de una virgen como su señal. Sobre esto ya dijimos antes lo principal.

Miqueas ofrece una importante visión del futuro Salvador y de su Madre. Dice así (5, 2-5): “Pero tú, Belén de Efrata, pequeño para ser contado entre las familias de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de días de muy remota antigüedad. Los entregará hasta el tiempo en que la que ha de parir parirá, y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel, y se apacentará con la fortaleza de Yavé y con la

majestad del nombre de Yavé, su Dios; y habrá seguridad, porque su prestigio se extenderá hasta los confines de la tierra."

Por eso, en el momento en que la Madre da a luz se opera un cambio en el destino del pueblo. Es la Madre del "Emmanuel" (*Is.* 7, 14; 9, 5 sigs.; 11, 1-10), íntimamente unida a El por los lazos de la sangre y por su misión en favor de la humanidad. Siendo en todo momento el Antiguo Testamento tipo del Nuevo, encierra, en consecuencia, numerosas figuras de María. Es ley general que las personas y sucesos del Antiguo Testamento tengan el carácter de tipos de las personas y sucesos del Nuevo. Pablo dice en su primera epístola a los Corintios (10, 6-11): "Todo esto fué en figura nuestra... Todas estas cosas le sucedieron a ellos en figura, y fueron escritas para amonestarnos a nosotros." Considerado en sus detalles todo el Antiguo Testamento es una introducción a Cristo. Sus figuras y sus acontecimientos son proyectos de Cristo¹⁶.

Ciertamente que la Sagrada Escritura misma no dice de María en ningún sitio que tenga un prototipo en el Antiguo Testamento. Pero los Padres y la Iglesia, la última sobre todo en su liturgia, han acudido desde los primeros tiempos al Antiguo Testamento como a una fuente inagotable para describir a María. En primer lugar, tenemos tipos objetivos: los Padres ven, por ejemplo, un tipo de María en el candelero de que habla el Exodo (25, 31-33), en el templo, en el tabernáculo de Dios, en la urna del maná, en el arca de la alianza (San Cirilo de Alejandría), hasta en la ciudad santa de Jerusalén misma, en la zarza ardiente, en el vellocino de Gedeón, que recoge todo el rocío del cielo, en la vara de Aarón, en el libro sellado, en la puerta cerrada (San Ambrosio, Jerónimo, Agustín), en el arca de Noé (Proclo de Constantinopla, Efrén, Hesiquio de Jerusalén), en la escala de Jacob, en el Paraíso. Hay que distinguir entre tipos propios e impropios. Los primeros son aquellas figuras y sucesos o instituciones que el Espíritu Santo mismo señala como tales. Esto es posible, aunque el autor humano de la Sagrada Escritura no supiese nada del carácter típico de lo que él presentaba. Pues el Espíritu Santo puede poner en las palabras humanas un sentido más profundo que el que es conocido al hombre. El carácter típico puede reconocerse por una semejanza clara con el original. En definitiva, como en toda interpretación de la Escritura, es decisivo aquí el reconocimiento por parte de la Iglesia.

14. Tipos impropios son aquellos acontecimientos y personajes del Antiguo Testamento que no ofrecen, en virtud de su signi-

ficación propia, imagen alguna de las personas y sucesos del Nuevo Testamento, pero pueden usarse para describirlas. El Espíritu Santo nos da en ellos, en cierta medida, palabras e imágenes para describir el misterio neotestamentario de la salvación.

Pío IX dice acerca de esto: "Este eximio y sin par triunfo de la Virgen y su excelentísima inocencia, pureza, santidad y su integridad de toda mancha de pecado e inefable abundancia y grandeza de todas las gracias, virtudes y privilegios, viéronlos los mismos Padres ya en el Arca de Noé, que, providencialmente construída, salió totalmente salva e incólume del común naufragio de todo el mundo; ya en aquella escala que vió Jacob, que llegaba de la tierra al cielo y por cuyas gradas subían y bajaban los ángeles de Dios y en cuya cima se apoyaba el mismo Señor; ya en la zarza aquella que contempló Moisés arder de todas partes en el lugar santo, y entre el chisporroteo de las llamas no se consumía o se gastaba lo más mínimo, sino que hermosamente reverdecía y florecía; ora en aquella torre inexpugnable al enemigo, de la cual cuelgan mil escudos y toda suerte de armas de los fuertes; ora en aquel huerto cerrado, que no logran violar ni abrir fraudes o trampas algunas; ora en aquella resplandeciente ciudad de Dios, cuyos fundamentos se asientan en los montes santos; a veces en aquel augustísimo templo de Dios, que, aureolado de resplandores divinos, está lleno de la gloria de Dios; a veces en otras verdaderamente innumerables figuras de la misma clase, con las que los Padres enseñaron que había sido vaticinada claramente la excelsa dignidad de la Madre de Dios, y su incontaminada inocencia, y su santidad, jamás sujeta a mancha alguna"¹⁷. C. Passaglia, en su obra sobre la Inmaculada Concepción, en el folio 130 recoge lo que los Padres de la Iglesia hallaron en el Antiguo Testamento como tipo de María^{17 bis}.

15. Y llegamos a los tipos personales. En la época patristica se elaboró la significación original de las figuras femeninas del Antiguo Testamento en favor de la interpretación de María. Hemos aludido ya al paralelismo Eva-María. En otra parte lo trataremos en toda su amplitud. De momento diremos lo siguiente: fué formulado por San Justino y, sobre todo, por San Ireneo. Posteriormente lo usó San Gregorio Nacianzeno, por cierto sin ahondarlo. San Basilio, siguiendo evidentemente a Orígenes, en el que no se encuentran los gérmenes de una teología mariológica, no tuvo en cuenta casi en absoluto esta tipología. San Gregorio de Nisa la

desarrolló en la homilía 13 del comentario al Cantar de los Cantares: “Por un hombre vino la muerte y por una mujer la salvación. El primero cayó por el pecado y la segunda levantó al caído. La mujer encontró su abogado en la mujer”¹⁸. Anfiloquio, en un sermón de Navidad, acentúa aún con mayor viveza el papel de María en la historia de la salvación: “El mundo fué puesto en libertad por una virgen; el mismo que antes cayó en el pecado por una virgen. Por el parto virginal fué deshecho el grande y poderoso plan de los invisibles demonios... ¡Oh María, oh María!, que tuviste por Unigénito al artífice de todas las cosas”¹⁹.

Epifanio de Salamina explica: “María es la que, significada por Eva, recibe en imagen el nombre de madre de los vivientes. La vida misma nació en el mundo por María..., y por eso es María madre de los vivientes... Y la frase: “Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer”, no puede cumplirse en Eva total y perfectamente, pero se cumple realmente en la descendencia santa, excelsa y singular que procede solamente de María, sin cooperación de varón. La frase se toma de María, pero me será lícito aplicarla a la Iglesia: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se adherirá a su mujer y vendrán a ser los dos en una sola carne.” Y el santo Apóstol dice: “Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia”... El Señor se formó su propio cuerpo de María, y de su costado edificó a la Iglesia, cuando se lo rasgaron, y se constituyó en nuestra redención el misterio de la sangre y del agua”²⁰.

La liturgia de la Iglesia ha entendido sobre todo a Judit y a Ester como figuras de María. Según se afirma, con sus obras trajeron siempre la salvación, por lo cual son figuras de la Madre de Dios, medianera de la salvación y de la redención. Así como Judit cortó la cabeza al caudillo de los enemigos del pueblo de Dios, así María aplastó la cabeza de Satán. La Iglesia, en su liturgia, aplica a María el canto de alabanza con que el pueblo liberado saludó a la heroína Judit: “Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo”²¹.

En la fiesta de los Siete Dolores se proclama a María con las palabras con las que el Sumo Sacerdote recibió a la vencedora de Holofernes: “¡Hija, bendita eres del Señor Dios Excelso sobre todas las mujeres de la tierra! Bendito sea el Señor, creador de los cielos y tierra..., porque tanto ha engrandecido tu nombre, que no cesarán de alabarte para siempre cuantos recuerden el poder del Señor; pues no temiste exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias

y tribulación de tu linaje, sino que evitaste su ruina en presencia de nuestro Dios" ²².

Ester, que fué elegida reina y abogada ante el rey en favor de su pueblo, aparece en la liturgia como figura de la Inmaculada" ²³.

A los tipos personales pertenecen también Sara, María, hermana de Moisés, y Débora. Sara (que significa princesa) era la esposa de Abraham. Cuando Dios exigió a Abraham abandonar su país (Ur de Caldea), alejarse de su familia y de su casa paterna para marchar a la tierra prometida, tomó por mujer a Sara, que todavía se llamaba Sarai. De camino prometió Dios a Abraham: "Yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, que será bendición. Y bendeciré a los que te bendigan. Y maldeciré a los que maldigan. Y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra" (*Gen.* 12, 2-3).

Sarai fué estéril hasta los noventa años. Por esto para, según el derecho vigente, tener un hijo, a pesar de su propia esterilidad, dió a su esposo a Agar, sierva suya, la cual dió a luz a Ismael. Con todo, cuando Sarai tenía noventa años, renovó Dios a Abraham la promesa hecha en su éxodo de Ur de Caldea, poniéndole en perspectiva un hijo carnal de Sarai. Dice el texto: "Dijo también Yavé a Abraham: "Sarai, tu mujer, no se llamará ya Sarai, sino Sara, pues la bendeciré y te daré de ella un hijo, a quien bendeciré, y engendrará pueblos y saldrán de él reyes de pueblos." Cayó Abraham sobre su rostro y se reía diciendo en su corazón: ¿Con que a un centenario le va a nacer un hijo, y Sara, ya nonagenaria, va a parir? Y dijo a Yavé: "Ojalá que viva a tus ojos Ismael." Pero le respondió Dios: "De cierto que Sara, tu mujer, te parirá un hijo a quien llamarás Isaac, con quien estableceré yo mi pacto sempiterno y con su descendencia después de él. También te he escuchado en cuanto a Ismael. Yo le bendeciré y le acrecentaré y multiplicaré muy grandemente. Doce jefes engendrará y le haré un gran pueblo; pero mi pacto lo estableceré con Isaac, el que parirá Sara el año que viene por este tiempo. Y como acabó de hablarle, desapareció Dios" (*Gen.* 17, 15-22). El cambio de nombre en Sara tiende a destacar su significación de "primera madre de una multitud de pueblos". Sara, como el Sarai anterior, significa también princesa. La sonrisa de Abraham es la expresión de una alegría, que, en la primera sorpresa, no se atreve a creer en la felicidad prometida por temor de que pudiera desvanecerse como un sueño dorado ²⁴.

Volvió a repetirse la promesa cuando a Abraham se le apare-

cieron tres hombres. Dijéronle: ¿Dónde está Sara, tu mujer? En la tierra está, contestó él. Y dijo uno de ellos: A otro año por este tiempo volveré sin falta, y ya tendrá un hijo Sara, tu mujer. Sara oía desde la puerta de la tienda, que estaba a espaldas del que hablaba. Eran ya Abraham y Sara ancianos muy entrados en años, y había cesado ya a Sara la menstruación. Rióse, pues, Sara, dentro, diciendo: “¿Cuando estoy ya consumida, voy a remocean, siendo también viejo mi señor?” Y dijo Yavé a Abraham: “¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: De veras voy a parir siendo tan vieja? ¿Hay algo imposible para Yavé? A otro año por este tiempo volveré y Sara tendrá ya un hijo.” Temerosa Sara, negó haberse reído, diciendo: “No me he reído.” Pero él le dijo: “Sí, te has reído” (*Gen.* 18, 9-15). Las últimas palabras de Dios no hay que interpretarlas como una censura de Sara, sino como una alentadora confirmación de la promesa. Su sentido es: no es necesario que lo niegues; tu risa será realidad por el nacimiento del hijo ²⁵. La promesa de Dios se cumplió. En Génesis 21, 1-7, se describe así su realización: “Visitó, pues, Yavé a Sara, como le dijera, e hizo con ella lo que le prometió, y concibió Sara, y dió a Abraham un hijo en su ancianidad al tiempo que le había dicho Dios. Dió Abraham el nombre de Isaac a su hijo, el que le nació de Sara. Y dijo Sara: “Me ha hecho reír Dios, y cuantos lo sepan reirán conmigo.” Y añadió: “¿Quién había de decir a Abraham: amamantaré hijos Sara? Pues yo le he dado un hijo en su ancianidad. Vivió Sara ciento veintisiete años. Después de esto sepultó Abraham a Sara, su mujer, en la caverna del campo de Macpela, frente a Mambré, que es Hebrón, en tierra de Canán” (*Gen.* 21, 1-3 y 6-7; 23, 1-19).

Así como Abraham fué padre del pueblo de la alianza e intermediario de la bendición para todos los pueblos, así fué Sara madre del pueblo de la promesa. En su penosa peregrinación, ella fué para Abraham la compañera fiel. Del mismo modo que por su fe resultó ser Abraham modelo de todos los creyentes, así Sara, por su fe, madre del pueblo de Dios. En la epístola a los Hebreos se lee: “Por la fe, la misma Sara recibió el vigor, principio de una descendencia, y esto, fuera ya de la edad propicia, por cuanto creyó que era fiel el que se lo había prometido. Y por eso de uno, y éste ya sin vigor para engendrar, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como las arenas incontables que hay en las riberas del mar” (*Hebr.* 11, 11-12).

En la carta a los Romanos, afirma San Pablo que el heredero de la bendición mesiánica no es Ismael, el hijo natural, sino Isaac,

el hijo concebido y nacido en la fe en la promesa de Dios: "Es que no todos los nacidos de Israel son Israel, ni todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham, sin que "por Isaac será tu descendencia". Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia. Los términos de la promesa son estos: "Por este tiempo volveré y Sara tendrá un hijo" (*Rom.* 9, 6-9).

San Pablo, en la carta a los Gálatas, ve en Sara un símbolo de la Jerusalén superior, celeste, mientras que Agar representa a la Jerusalén antigua. Destaca la oposición entre carne y espíritu, entre naturaleza y fe. Los cristianos viven en el campo del espíritu y de la fe. Como Isaac, son hijos de la promesa y pueden ver en Abraham a su padre y en Sara a su madre: "Decidme, los que queréis someteros a la ley, ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre. Pero el de la sierva nació según la carne; el de la libre, en virtud de la promesa. Lo cual tiene un sentido alegórico. Esas dos mujeres son dos testamentos: el uno, que procede del monte Sinaí, engendra para la servidumbre. Esta es Agar. El monte Sinaí se halla en Arabia y corresponde a la Jerusalén actual, que es, en efecto, esclava con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, ésa es nuestra madre; pues está escrito: "Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpe en gritos, tú que no conoces los dolores del parto, porque más serán los hijos de la abandonada que los hijos de la que tiene marido" (*Is.* 54, 1). Y vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa, a la manera de Isaac. Mas así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura?: "Echa a la sierva y a su hijo, que no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre." En fin, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre (*Gal.* 4, 21-31).

María (Miriam), la hermana de Moisés, salvó a su hermano de la muerte al procurar que la hija del rey egipcio le conservase la vida y lo hiciese educar (*Ex.* 2, 4-7). Indirectamente, fué salvadora del pueblo en cuanto que salvó a Moisés, el cual, fundado en un mandato divino, libró a su pueblo de la esclavitud egipcia. Así se comprende que participase vitalmente en la liberación. En Exodo 15, 20 sig., se describe cómo se unió jubilosa Miriam en compañía de las demás mujeres, al canto de victoria que Moisés y los israelitas entonaron en honra de Yavé. "María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un tímpano, y todas las mujeres se-

guían en pos de ella con tímpanos y en coros; y María les respondía: “Cantad a Yavé, que ha hecho resplandecer su gloria. Precipitando en el mar al caballo y al caballero” (*Ex.* 15, 20-2). La tristeza, con ocasión de su muerte, demuestra cuán viva estaba en la conciencia del pueblo la cooperación de Miriam a la obra de Moisés. Murió en Cades y fué allí sepultada (*Num.* 20, 1). Más tarde se recordó vivamente su actividad salvadora. Con Moisés y Aarón fué justamente celebrada como libertadora. Dice el profeta Miqueas: “Oíd, pues, lo que dice Yavé: ¡Levántate! ¡Queréllate contra los montes y que oigan tu voz los collados! Oíd, montes, y vosotros, cimientos inconmovibles de la tierra, la querella de Yavé. Porque tiene Yavé querella con su pueblo y va a altercar con Israel. ¿Qué te he hecho yo, pueblo mío? ¿En qué te he molestado? Respóndeme. Porque yo fuí quien te sacó de la tierra de Egipto y te redimí de la casa de la servidumbre y te mandé para que te guiarán a Moisés, Aarón y María” (*Mich.* 6, 1-4).

Se nos presenta a Débora como juez, como profetisa, como vencedora y como salvadora (*Iud.* 4, 4). Tenía que combatir en el país mismo la oposición armada del pueblo cananeo. Con Baraq, hijo de Abinoam, se opuso a los poderes hostiles. En todo momento fué ella la que dió las órdenes decisivas. Espoleó a Baraq, diciendo: “Anda, que hoy es el día en que Yavé entrega a Sísara en tus manos. ¿No va El delante de ti?” (*Iud.* 4, 14). Por la intervención de Dios, que consistió, tal vez, en una tormenta o en un terror pánico infundido a los enemigos, se infligió al adversario una derrota completa. En un cántico de victoria, que la Escritura pone en boca de Débora y de Baraq, pero que de hecho es un cántico a la misma Débora, se celebra la salvación que procedió de Débora y fué continuaba por Dios. Recuerda al Magnificat. Extractemos los siguiente pasajes: “Los príncipes de Israel al frente,/ofrecióse el pueblo al peligro./Bendecid a Yahve./Oíd, reyes; dadme oídos, príncipes./Yo, yo cantaré a Yahve./Yo cantaré a Yahve, Dios de Israel./Cuando Tú, ¡oh Yahve!, salías de Seir,/cuando subías desde los campos de Edom,/tembló ante Ti la tierra,/destilaron los cielos,/y las nubes se deshicieron en agua./Derritiéronse los montes (—esto es, el Sinaí—) a la presencia de Yahve./A la presencia de Yahve, Dios de Israel./ (En los días de Samgar, hijo de Anat), en los días de Jael./Estaban desiertos los caminos;/los que antes andaban por caminos trillados,/íbanse por senderos desviados;/desiertos estaban los lugares indefensos./Desiertos en Israel./Hasta que me levanté yo;/hasta que me levanté yo, madre en Israel./A las puertas estaba

la guerra ;/y no se veía ni un escudo ni una lanza,/entre los cuarenta mil de Israel./Se va mi corazón tras los príncipes de Israel./Los que del pueblo os ofrecisteis al peligro./Benedicid a Yahve./Los que montáis blancas asnas,/los que os sentáis sobre tapices,/los que ya vais por lo caminos, cantad./El que fué lugar de rapiña,/es ya lugar de regocijo./Cantad en él las justicias de Yahve,/las justicias que ha hecho Yahve,/a los lugares indefensos de Israel./Entonces pudo ya el pueblo de Israel bajar a sus puertas./Despierta, despierta Débora./Despierta, despierta, entona un canto./Levántate, Baraq,/apresa a los que te aprisionaban, hijo de Abinoam.../Perezcan así todos los enemigos, ¡oh Yavé!/y sean, los que Te aman como el sol cuando nace con toda su fuerza" (*Iud.* 5, 2-12, 31).

Además de los tipos reales y personales, todavía se encuentran en el Antiguo Testamento otros dos tipos ideales, a saber: la sabiduría y la esposa del Cantar de los Cantares.

16. La relación entre la Sabiduría y María salta a la vista en el uso de textos sapienciales en la liturgia de la Iglesia. Citaremos los textos más importantes relativos a la cuestión. Proceden de los Proverbios y del Eclesiástico. En el capítulo 24 dice de sí misma la Sabiduría: "Yo salí de la boca del Altísimo, como nube cubrí toda la tierra. Yo habité en las alturas y mi trono fué columna de nube. Sola recorrí el círculo de los cielos y me paseé por las profundidades del abismo. Por las ondas del mar y por toda la tierra. En todo pueblo y nación imperé; en todos busqué descansar, para establecer en ellos mi morada. Entonces el Creador de todas las cosas me ordenó, mi Hacedor fijó el lugar de mi habitación y me dijo: "Habita en Jacob, y establece tu tienda en Israel. Desde el principio y antes de los siglos me creó y hasta el fin no dejaré de ser. En el tabernáculo santo, delante de El, ministré." Y así tuve en Sión morada fija y estable, reposé en la ciudad de El amada, y en Jerusalén tuve la sede de mi imperio. Eché raíces en el pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad. Como cedro del Líbano crecí, como ciprés de los montes del Hermón. Crecí como palma de Engadi, como rosal de Jericó, como hermoso olivo en la llanura, como plátano junto a las aguas. Como la canela y el bálsamo aromático exhalé mi aroma, y como la mirra escogida di suave olor. Como gálbano, estacte y alabastrino vaso de perfume, como nube de incienso en el tabernáculo. Como el teberinto extendí mis ramas, ramas magníficas y graciosas. Como vid eché hermosos sarmientos, y mis flores dieron sabrosos y ricos

frutos. Yo soy la madre del amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. Venid a mí cuantos me deseáis y saciaos de mis frutos. Porque recordarme es más dulce que la miel y poseerme más rico que el panal de miel. Los que me coman quedarán con hambre de mí, y los que me beban quedarán de mí sedientos. El que me escucha jamás será confundido, y los que me sirven no pecarán" (*Eccli.* 24, 3-30).

De los Proverbios recogemos los textos siguientes: "Dióme Yavé el ser como principio de sus caminos, antes de sus obras antiguas. Desde la eternidad fuí yo ungida; desde los orígenes, antes que la tierra fuese. Antes que los abismos fuí engendrada yo; antes que fuesen las fuentes de abundantes aguas; antes que los montes fuesen cimentados; antes que los collados fuí yo concebida. Antes que hiciese la tierra, ni los campos, ni el polvo primero de la tierra. Cuando fundó los cielos, allí estaba yo; cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo. Cuando daba consistencia al cielo en lo alto, cuando daba fuerza a las fuentes del abismo, cuando fijó sus términos al mar, para que las aguas no traspasasen sus linderos. Cuando echó los cimientos de la tierra estaba yo con El, como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante El en todo tiempo; recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres. Oídme, pues, hijos míos: bienaventurado el que sigue mis caminos. Atended al consejo y sed sabios, y no lo menospreciéis. Bienaventurado quien me escucha y vela a mi puerta cada día, y es asiduo en el umbral de mis entradas, porque el que me halla a mí halla la vida y alcanzará el favor de Yavé. Y, al contrario, el que me pierde, a sí mismo se daña, y el que me odia ama la muerte" (*Prov.* 8, 22-36).

Para la interpretación mariológica de estos textos es preciso aclarar si en la liturgia se los aplica a María misma, de tal manera que, según el sentir de la liturgia, hay que decir que María sea la sabiduría, o si la liturgia encuentra la sabiduría en María, de modo que Esta sea el lugar y la sede de aquélla. Indudablemente, hasta cierto punto cabe aplicar a María los textos sapienciales, pues está tan vitalmente unida a Cristo, que cuanto afirmamos de El podemos análogamente afirmarlo también de Ella. Y aun—si bien en un sentido más modesto—de todo fiel cristiano, ya que el creyente está configurado con Jesucristo. Cristo mismo, en su discurso de despedida, declaró: "Yo les he dado la gloria que Tú me diste" (*Io.* 17, 22). En este sentido Cristo es la luz, y al mismo tiempo los Apóstoles son también luz del mundo.

Con todo cabe preguntar si no es más conforme al sentido de la liturgia entender los textos sapienciales del Logos eterno, el cual se unió a María como a Madre suya. Por ejemplo, cuando la Sabiduría dice: “Dióme Yavé el ser como principio de sus caminos” o “Siendo mis delicias los hijos de los hombres” podría todo esto interpretarse en la liturgia como una alocución de la Sabiduría eterna a María. María es aquella que acoge en sí la Sabiduría perfecta de Dios, de tal modo que pueda llamarse sede de la Sabiduría ²⁶.

Cualquiera que sea la interpretación de los textos litúrgicos, de ningún modo se puede atribuir a María, partiendo de los textos sapienciales, una preexistencia similar a la del Logos eterno. Esto despojaría a la figura de María de su carácter histórico, y, a merced de una atemporalidad gnóstica, amenazaría a la historicidad misma de Cristo.

17. La posición de María en la historia de la salvación aparecería con una luz singularmente nítida si fuera descendiente de David. Se pregunta si la Escritura la tiene por davídica. El pasaje de *Lc.* 1, 27, informa que José procede de la casa de David. El texto presenta cierta dificultad gramatical. Pero es indiscutible que, en la forma textual actual, las palabras “de la casa de David” por su misma disposición, sólo cabe aplicarlas a José. Además, por otros lugares de la Sagrada Escritura se ve que José, de hecho, desciende de la estirpe de David (cfr. *Lc.* 2, 4; *Mt.* 1, 16, 20).

Varios investigadores han manifestado la duda de si la indicación del nombre de José pertenece a la forma primitiva del texto. Dibelius y Gaechter piensan que San Lucas intercaló la frase “desposada con un varón de nombre José” en la forma textual que se le transmitió, esto es, en la forma textual traducida por un judío helenista del hebreo—o bien del arameo—al griego. En el caso de que esta hipótesis fuera exacta, el texto original de *Lc.* 1, 26 y 27, estaría redactado así: “En el mes sexto fué enviado el ángel Gabriel, de parte de Dios, a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María.” De este modo la forma primitiva del texto atestiguaría que no sólo José, sino que también María procede de la casa de David. Entonces se comprende fácilmente que el ángel le pueda prometer que su Hijo alcanzará el trono de su padre David, pues en tal caso fluye una corriente de sangre de David a Jesús pasando por María.

No obstante, cabe preguntar si es necesario una violación del texto de tan largo alcance. Las dificultades gramaticales no parecen ser motivo suficiente para tener la frase indicada por una adición. Podrían correr a cuenta del traductor judío helenista. En este caso (*Lc.* 1, 27) no es ningún argumento a favor de la vinculación de María a la estirpe de David, ni hay en el Nuevo Testamento un testimonio seguro de ello. Pero (*Lc.* 1, 32) nos permite sospechar esta su vinculación y aun elevarla a la máxima verosimilitud, o nos ofrece, tal vez, un testimonio indirecto. Cuando el ángel dice que Dios, el Señor, dará al Hijo de María el trono de David su padre, se sobrentiende como sentido inmediato que Jesús, a través de María, se relaciona con David como con un antecesor suyo.

La observación de (*Lc.* 1, 36) que María estaba emparentada con Isabel—perteneciente a la familia sacerdotal—no presenta ninguna dificultad insalvable para adscribir a María a otro linaje distinto que el sacerdotal, esto es, a la casa de David. De hecho no eran del todo imposible los matrimonios entre una y otra estirpe.

Por lo demás, bien podía Jesús ser adscrito al linaje de David por razón de su padre adoptivo San José. El padre legal determinaba la vinculación jurídica a la estirpe.

Por su parte, María tenía la conciencia de que las palabras del ángel le eran dirigidas como a representante del pueblo de Dios. Ella expresó esta conciencia en el Magnificat (*Lc.* 1, 39-56). De su contenido resulta que María no se sentía llamada simplemente como un determinado individuo, sino, sobre todo, como miembro de la larga serie de generaciones al que se concedía no sólo una mera gracia privada, sino una función en una misión pública. Esto se deduce del texto del Magnificat. Todo ello aparece con más evidencia desde el momento en que María, en su canto de alabanza, emplea, en su máxima parte, textos del Antiguo Testamento en que se promete el Mesías futuro.

18. Para la interpretación dogmática no es de importancia decisiva si María entonó el Magnificat a partir del mensaje angélico que se le participó, o bien inmediatamente después del nacimiento de Jesús. Gaechter cree que por razones lingüísticas y objetivas, el Magnificat no encaja en el contexto en que lo presenta la forma actual del Evangelio; que es preciso poner la visita de María a su pariente Isabel después del nacimiento de Jesús, y que la situación propia del Magnificat es la originada por el nacimiento de Este. Por importantes que sean las razones de Gaechter, con todo, su

opinión no parece superar el valor de una hipótesis. La suposición de que el Magnificat es un canto de acción de gracias por el nacimiento no puede ser decisiva. María corrió junto a Isabel para hablar con ella, desde la plenitud de su corazón, del mensaje del ángel, absolutamente inesperado para Ella, mensaje que de pronto la colocaba en el centro del acontecimiento de la salvación. El motivo lo encontraba no sólo en que Isabel era pariente suya, sino en que el ángel la indicó que también en Isabel se había obrado un milagro de Dios, proponiéndoselo, además, como una señal confirmatoria del mensaje que la participaba. María tenía derecho a comprobar la señal que le dió el ángel. Y marchó con presteza. Rebosaba de la gracia dispensada a Ella y a su prima. Por lo que parece el camino—tres o cuatro días de largo—lo hizo sola, sin la compañía de José.

Cuando María saludó a su prima experimentó una nueva exaltación. No necesitaba ya comunicar a Isabel su misterio. Esta se presenta más bien como iniciada, pues cuando el hijo saltó en su vientre, Isabel se sintió llena del Espíritu Santo, y divinamente inspirada, exclamó en voz alta: “Bendita Tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos exultó de gozo el niño en mi seno. Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor” (*Lc. 1, 42-45*).

Con la palabra “bendita”, Isabel, proféticamente, designaba a María como la más bendita entre todas las mujeres, ya que—según la antigua concepción judía y en general semita—pues una mujer recibe su mayor honra del hijo, la dignidad de Madre del Mesías, no admite comparación. Por esto mismo Isabel se considera indigna de su visita, con ser ella la de mayor edad de las dos mujeres. Isabel alaba a María por su elección, pero también por su fe, en la cual acogió la gracia que se le hizo. Esta situación parece justificar y explicar perfectamente el que en esta ocasión, María, en una especie de éxtasis, prorrumpiese en el cántico de alabanza y de agradecimiento que es el Magnificat. El Magnificat es la respuesta de María al saludo de Isabel. Desvía el elogio a Dios, al único a quien pertenece la honra y la gloria. El es el santo, el sublime, aquel cuya majestad es al mismo tiempo misericordia pura y eterna. En todo esto tanto menos cabe ver, como teme Gaechter, una desatención del misterio confiado a la misma Isabel cuanto que el mensaje participado a María tiene también para Isabel importancia grave,

esto es, salvadora. De este modo, la disposición usual hasta ahora del Magnificat podría mantenerse también en lo sucesivo. Dice el texto: "Mi alma magnifica al Señor (*I Sam.* 2, 1) y exulta de júbilo en Dios, mi Salvador (*Hab.* 3, 18; *Ps.* 35 (34), 9); porque ha mirado la humildad de su sierva (*I Sam.* 1, 11); por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada (*Gen.* 30, 13), porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso (*Deut.* 30, 21), cuyo nombre es santo (*Ps.* 111 (110), 9). Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen (*Ps.* 103 (102), 13, 17). Desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón (*Ps.* 118 (117), 15; 89 (88), 11). Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes (*Ps.* 147 (146) 6; *Eccl.* 10, 14; *Ez.* 21, 21). A los hambrientos los llenó de bienes (*Ps.* 107 (106), 9), y a los ricos los despidió vacíos. Acogió a Israel, su siervo (*Is.* 41, 8), acordándose de su misericordia (*Ps.* 98 (97), 3). Según lo que había prometido a nuestros Padres (*Mich.* 7, 20), a Abraham y a su descendencia para siempre (*II Sam.* 22, 50)" (*Lc.* 1, 46, 55). Con su adoración celebra el poder y la bondad de Dios, que se muestra como Salvador y Redentor.

Según este texto, María, en la misión de ser Madre de Dios que se le ha confiado, ve un acto gracioso de Dios, una visita a todo el pueblo. A través de Ella viene Dios a todo el pueblo de Israel. Lo que se le ha comunicado no le interesa únicamente a Ella; no es un acontecimiento personal que tiene lugar entre María y Dios. Por más que se realice en el secreto es más bien un acontecimiento del común del pueblo.

La llegada de Dios a su pueblo es pura gracia divina. María no se adjudica nada que pudiera merecerla. En este suceso es sólo sierva. La frase: Dios ha mirado la humildad de su sierva, expresa vigorosamente el carácter gracioso del obrar divino. Dios eligió a María desde la pura gracia. Aquí la expresión de sola gratia tiene su lugar legítimo. Cuanto acaeció en María tiene su origen exclusivamente en la actividad de Dios. La iniciativa procede únicamente de El.

La fórmula recuerda claramente las palabras de Ana, madre de Samuel, en las cuales la humildad alude al destino bochornoso de la esterilidad y a la afrenta a ella unida. Gaechter piensa que también en el Magnificat se supone este sentido. María habría creído que su concepción virginal le pondría en una situación insoluble al temer una condenación por parte de los hombres, que desconocían su misterio, pero que veían su estado de Madre. Después del na-

cimiento alabaría a Dios por haberla librado de tal oprobio. Por lo demás, esta interpretación no es necesaria. También ella parece considerar a María bajo un aspecto excesivamente personal-individual, en lugar de situarla dentro de la gran perspectiva histórica de la salvación. La expresión tiene con todo sentido verdadero si se quiere ver en ella el elogio de la inmerecida gracia divina por la que Dios escogió a María para su elevada misión. Trae la salvación a su pueblo, pues el advenimiento de Dios significa un fisura decisiva.

Cuando Dios decide morar en su pueblo como Enmanuel, se instaure un orden de justicia y plenitud vital. María interpreta esta visita misericordiosa al pueblo como la realización de las antiguas promesas. Dios no ha olvidado cuanto dijo a Abraham y a los demás Padres. La misión del Mesías es la última gran obra de Dios en la historia, la plenitud de su misericordiosa actividad salvadora en Israel, su pueblo escogido. Con él, a través de Abraham y de Moisés, había establecido una alianza que permanecería eternamente. Por encima de todas las apostasías guardó fidelidad a su pueblo hasta la hora de la plenitud. Esta plenitud es de tal género que al mismo tiempo representa la consumación de la antigua alianza y el principio de la nueva. Significa un corte decisivo en la historia. En el Magnificat de María se expresan ambos momentos. Puesto que como Madre del Mesías María se encuentra al final de la antigua alianza y al comienzo de la nueva, su himno de alabanza se mueve en los límites de ambas alianzas. Canta la benignidad de Dios por la que se consuma la historia precedente y se inaugura una nueva época ²⁷.

María rebosa de la convicción y de la vivencia de que Dios, en y a través de Ella, va a satisfacer las ansias seculares de su pueblo. Puede decir que todas las generaciones futuras la aclamarán bienaventurada, pues todas ellas vivirán del acontecimiento que Dios realiza por su medio. Con Ella, y aun en Ella misma, empieza lo nuevo. Con Ella comienza la nueva época de la salvación. En Ella se configura el origen del nuevo pueblo de Dios. Ella misma es la primera en pertenecer a él. Así como en Ella lo antiguo se acerca a su fin, así también en y desde Ella lo nuevo se incorpora a la historia. Puesto que por su fe en el Mesías fué, por una acción creadora de Dios, Madre de Cristo, llegó a ser la primera cristiana. En aquella hora la Iglesia, como en germen, existía en María. Ella, la Madre del Señor, de la Cabeza de la Iglesia, era el prototipo y el origen del pueblo de Dios del Nuevo Testamento.

19. En la época patrística fué invocada con frecuencia la relación entre la antigua alianza, que se consuma en María, y la nueva, que también se inicia en Ella. Los Padres recalcan que el Hijo de Dios asumió de María la naturaleza humana con vistas a la Redención, a la nueva creación del hombre y del mundo en el Espíritu Santo. Así la mirada de María se dirige tanto al pasado como al futuro, pero a éste de una manera decisiva. Cuanto aconteció en María recoge el movimiento de la historia de la salvación insertado en Abraham, y lo desarrolla con vigor y modos renovados hasta su consumación definitiva en la segunda venida de Cristo.

San Ireneo, en un comentario al Magnificat en el que, según él, María habla a la Iglesia futura, ve representada en María la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En una síntesis que ya no vuelve a repetirse se refiere a la soberanía de Cristo, sobre todo el Antiguo Testamento, prometida ya en el relato de la Anunciación: “¿Pues, qué otro reina en la casa de Jacob sin interrupción, eternamente, sino Jesucristo Nuestro Señor, Hijo del Dios Altísimo, quien prometió por la ley y los profetas que haría visible a toda carne su salvación, haciéndose hijo de hombre para que el hombre se hiciera hijo de Dios? Por lo cual se regocijó María y clamó profetizando en nombre de la Iglesia: “Mi alma magnifica al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios mi Salvador...” Por estos importantes lugares muestra el Evangelio que el Dios que habló a los Padres fué quien hizo donación de la ley por Moisés, por la cual donación conocimos de nuevo que habló a los Padres. Este mismo Dios, según su gran bondad, infundió su misericordia en nosotros, por la que “nos visitó naciendo de lo alto para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte, para enderezar nuestros pies por el camino de la paz”. También Zacarías, dejando su mudez, que le había acontecido por su infidelidad, lleno de un nuevo espíritu, bendijo de una manera nueva al Señor. Pues todo se volvió nuevo cuando dispuso el Verbo su venida carnal de una manera nueva, para acercar a Dios al hombre que se había apartado de El. Por lo cual se les instruyó para adorar a Dios de un nuevo modo, pero no a otro Dios...²⁸

En otro lugar presenta a María como origen de la nueva época: “La Virgen María es hallada obediente cuando dice: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” Eva, en cambio, desobediente, pues no obedeció cuando todavía era virgen. Así como ella, teniendo varón, Adán, era, sin embargo, aún virgen—pues “estaban los dos desnudos, en el paraíso, y no se aver-

gonzaban” porque hechos hacía poco no tenían conocimiento de la generación de los hijos, ya que convenía que primero creciesen y después se multiplicasen—, y así como desobedeciendo se hizo causa de la muerte para sí y para todo el género humano, así María, teniendo predestinado un varón, y siendo, sin embargo, Virgen, obedeciendo se hizo causa de la salvación para sí y para todo el género humano. Por esto, la ley llama a la que estaba desposada con un varón, aunque todavía virgen, mujer de aquel con quien se había desposado; dando a entender la recirculación que va de María a Eva. Porque no se puede desatar lo atado si no se vuelven para atrás los nudos de la atadura. De modo que los primeros lazos se suelten por los segundos, y los segundos suelten, a su vez, a los primeros. Pues sucede así, que el primer nudo se suelta por la segunda lazada y ésta da lugar a la solución de la primera. Por eso dijo el Señor que los primeros serían los últimos y los últimos los primeros. También el profeta da a entender esto cuando dice: “A tus padres sucederán tus hijos”. Al nacer, pues, el Señor, primogénito de los muertos, tomó en su seno a los antiguos padres y los regeneró en la vida de Dios, siendo el principio de los vivientes, como Adán fué el principio de los mortales. Por eso, comenzando Lucas el principio de la genealogía por el Señor, llega hasta Adán, dando a entender que no regeneraron en la vida del Evangelio aquéllos a Este, sino Este a aquéllos. De esta manera, el nudo de la desobediencia de Eva halló solución por la obediencia de María. Pues lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, lo desató la Virgen María por la fe”²⁹.

San Epifanio entiende a María como Madre de los vivientes, nacidos de la vida misma: “María es quien, significada por Eva, recibe en imagen el nombre de Madre de los vivientes. Allí se llama madre de los vivientes a Eva después de oír: “Eres tierra y a la tierra volverás”; después de cometer el pecado. Y es extraño que después de aquel pecado se le diese nombre tan grande... Pero, en realidad, la vida misma nace en el mundo por María, de modo que es Ella quien da a luz al que vive y es por eso María Madre de los vivientes. Ocultamente, en imagen, es llamada María Madre de los vivientes... Eva fué causa de la muerte para los hombres; María fué causa de la vida”³⁰.

San Ambrosio pone en María los comienzos de la obra redentora: “El ungüento de la gracia exhaló su aroma desde que la Virgen engendró y el Señor Jesús asumió el misterio de la Encarnación...

Pues al tomar el Señor Jesús cuerpo se ató con los lazos de la caridad, y no sólo se encadenó a nuestros miembros y flaquezas, sino también a la cruz”³¹. La Encarnación, por consiguiente, según la concepción de San Ambrosio—y en este punto el santo obispo sigue la primitiva tradición cristiana—es el comienzo de la Redención por la cruz y no puede separarse de ella, siquiera como acto previo que la posibilite. La Encarnación para los Padres es ya un momento esencial de la Redención; por sí sola, es cierto, no la consuma, pero ésta, fundamentalmente, se inició en aquélla³².

San Ambrosio, en el nacimiento de Cristo, celebra el nacimiento de la Iglesia: “Ved el comienzo de la Iglesia naciente. Cristo nace y los pastores (se quiere significar a los sacerdotes) comienzan a vigilar para congregar en el redil del Señor al rebaño de las gentes que vivían antes como animales”³³.

En todas sus perspectivas de la historia de la salvación se preocupa de fijar el lugar de María: “Conviene recordar cómo fué arrojado el primer hombre del paraíso al desierto, para que se advierta cómo volvió el segundo Adán del desierto al paraíso. Ved, pues, cómo vuelve a soltarse la sentencia de condenación por sus mismos lazos, y los divinos beneficios vuelven a renovarse por sus propios pasos. Adán salió de la tierra virgen; Cristo, de una virgen. Aquél fué hecho a imagen de Dios, Este es la imagen de Dios... De una mujer vino la necedad; de la Virgen, la sabiduría; por el árbol, la muerte; por la cruz, la vida”³⁴.

Ve a María, la Madre del Hijo de Dios, como a la Madre de muchos hijos nacidos en el Espíritu Santo, en el Espíritu del Mesías, su Hijo: “Bendita Tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.” El Espíritu Santo sabe lo que ha dicho y no olvida nunca, y el cumplimiento de la profecía no está sólo en los hechos milagrosos, sino también en la propiedad de las palabras. ¿Quién es este fruto del vientre sino aquel de quien se dijo: “He aquí que la herencia del Señor son los hijos, merced suya el fruto del vientre”? (*Ps.* 126, 3). Esto es, herencia del Señor son los hijos, los hijos que son el don de aquel fruto que procede del vientre de María. Este es el fruto del vientre, la flor que procede de la raíz, de la que Isaías profetiza diciendo: “Brotará una vara del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces una flor” (*Is.* 11, 1). La raíz, pues, es la familia de los judíos; la vara, María; la flor de María, Cristo; quien, como fruto de buen árbol, de acuerdo con el progreso de nuestra virtud, ora florece, ora fructifica en nosotros, ora se rejuvenece en el cuerpo que resucita nuestra vida”³⁵.

San Agustín, en un sermón, explica: “Nació maravillosamente. ¿Qué mayor maravilla que la concepción virginal? María concibió y es Virgen. Nacido de Aquélla a quien crió, le dió la fecundidad sin menoscabo de su virginidad. ¿De dónde María? De Adán. ¿De dónde Adán? De la tierra. Si, pues, Adán de la tierra y María de Adán, María es también tierra. Si María es tierra, comprendemos nuestro canto: la verdad brotó de la tierra. ¿Y qué favor nos alcanzó? La verdad brotó de la tierra y la justicia miró desde el cielo (*Ps.* 84, 12)... Carecíamos de toda justicia. Sólo había pecados. ¿De dónde vino la justicia? ¿Dónde hay justicia fuera de la fe? Pues mi justo vive de la fe (*Rom.* 1, 17)... La justicia miró desde el cielo para que los hombres tuvieran justicia. No la suya, sino la de Dios”³⁶. Cree que el asentimiento de María al ángel significa el comienzo de la Iglesia. Dice: “María es verdaderamente Madre de sus miembros, que somos nosotros. Porque cooperó con su caridad a que nacieran los fieles en la Iglesia, que son miembros de aquella Cabeza de la que Ella fué Madre corporal”³⁷.

Dice el Papa San León en un sermón de Navidad: “Y mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, nos hallamos celebrando nuestro propio comienzo. Pues la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano. El natalicio de la cabeza es el natalicio del cuerpo. Aunque cada uno de los llamados tenga su propio orden y todos los hijos de la Iglesia sean distintos en la sucesión del tiempo, sin embargo, la multitud entera de los fieles, nacida en la fuente bautismal, así como fueron crucificados con Cristo en la pasión, resucitados en la resurrección, colocados a la diestra del Padre en la ascensión, igualmente nacieron con El en esta natividad”³⁸.

Ruperto de Deutz explica en su obra *De operibus Spiritus Sancti*: “Así pues la bienaventurada Virgen, la parte mejor de la antigua Iglesia, mereció ser esposa de Dios Padre para que fuera también ejemplo de la nueva Iglesia, esposa del Hijo de Dios, su Hijo. Pues el Espíritu Santo, que obró en su seno la Encarnación del Unigénito Hijo de Dios, habría de obrar también en el seno de la Iglesia la regeneración de muchos hijos de Dios por el baño vivificante de su gracia”³⁹.

El Papa San Pío X se expresa en el mismo sentido: “Pero la Virgen no concibió al Hijo de Dios para que, recibiendo de Ella la naturaleza humana, se hiciese hombre, sino también para que, mediante esta naturaleza recibida de Ella, fuese el Salvador de los hombres... también en el casto seno de la Virgen, donde Jesús tomó carne mortal, adquirió un cuerpo espiritual formado por to-

dos aquellos que debían creer en El... Por lo tanto, todos los que estamos unidos a Cristo somos, como dice el Apóstol: "Miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos" (*Eph. 5, 30*). Debemos decírnos originarios del seno de la Virgen, de donde salimos un día a semejanza de un cuerpo unido a su Cabeza. Por esto somos llamados, en un sentido espiritual y místico, hijos de María, y Ella, por su parte, nuestra Madre común" ⁴⁰.

En María, que concibió en el Espíritu Santo, y que era portadora del mismo Espíritu, comenzó la época en que Este sería derramado con plenitud sobre los hombres. Que no se trate de una pura historia del espíritu ni de un período de exaltación espiritual se deduce del hecho de que el Espíritu está unido a Cristo, Hijo de María. El formó en María el cuerpo terreno de Cristo, el cuerpo de la Cabeza de la Iglesia. El Espíritu está ligado a la comunidad visible que creó. Está presente a ella. Estas consideraciones nos llevan a preguntarnos por la relación de María con la Redención y con la Iglesia. Pero antes nos será preciso estudiar con mayor precisión aún la figura de María.